

Resumen

El autor aborda el tema de la educación y la política, pasando por el papel de los intelectuales y los académicos quienes pueden establecer relaciones interesantes, no necesariamente interdependientes, para enfrentar los grandes retos de desarrollo que demanda un país como Colombia, considerado por muchos un país inviable y por otros tantos una Democracia inconclusa. Llama la atención sobre el deterioro progresivo de la política e insta a la adopción de posturas deliberativas y críticas por parte de intelectuales y académicos para que, más temprano que tarde, puedan influir en el ejercicio de la política.

Palabras clave

Política, Intelectualidad, Academia, Educación, Democracia, Desarrollo.

Abstract

The author approaches the topic of the education and the politic, passing for the role of the intellectual ones and the academicians who can establish interesting, not necessarily interdependent relations, to face the big challenges of development that demands a country as Colombia, considered by many people an unviable country and for some others an incomplete Democracy. He calls the attention on the progressive deterioration of the politic and urges to the adoption of deliberative and critical attitudes on the part of intellectual and academic in order that, more early that it is late, they could influence the exercise of the politics.

Key words

Politics, Intellectuality, Academy, Education, Democracy, Development.

Los educadores y la política. Intelectualidad, academia y política: una trama de relaciones en la encrucijada frente al desarrollo

Educators and policy. Intelligentsia, academy
and policy: a network of relationships at the
crossroads in front of the development

(Recibido: agosto 3 de 2010. Aprobado: septiembre 9 de 2010)

JUAN CARLOS YEPES OCAMPO*

Introducción

Se titula de esta manera el presente escrito partiendo de la idea según la cual, entre las dimensiones que abarcan por separado a los intelectuales, a los académicos y a los políticos, se registran múltiples relaciones que sin ser necesariamente interdependientes, sí reflejan la necesidad de generar puentes de intersección e integración para apostarle a un proyecto de nación todavía inconcluso en el caso colombiano; proyecto que, sin lugar a dudas, pasa por el papel protagónico de los educadores quienes bien pueden, desde sus perspectivas particulares, apostarle o no a la idea de intelectuales, académicos o políticos, entendiendo esta última categoría en el mejor de los sentidos.

Para dar cuenta del entramado referido, este ensayo crítico apelará no sólo al ofrecimiento de razones de quien lo escribe (con base en el conocimiento y experiencia acumulada), si no que también se apoyará en elementos conceptuales de la Ciencia Política, en la cual distintos autores tratan el tema de la política como práctica y el conocimiento científico como fundamento.

Al incluir en el título tres términos (intelectualidad, academia y política), asumidos cada uno como dimensión clave para la construcción de

* Magíster en Educación, Universidad Javeriana. Especialista en Educación, Universidad del Bosque. Candidato a Doctor en Estudios Políticos de la Universidad Externado de Colombia. Exdecano Facultad de Artes y Humanidades, Universidad de Caldas. Exdirector Departamento de Estudios Educativos. Profesor Titular-investigador de la Universidad de Caldas y Catedrático Asociado de la Facultad de Ciencias Jurídicas de la Universidad de Manizales.
Correo: jucay02@yahoo.com

nación y desarrollo en momentos, por demás, cruciales para el destino del país, se hace con la clara intención de acerca miento a lo que se considera parte constitutiva de la naturaleza propia de cada una de estas dimensiones, para luego aproximar un planteamiento sobre la forma como estos tres componentes se entrecruzan para vislumbrar salidas a la denominada crisis política, como crisis intelectual,¹ ubicando de paso el rol definitivo que desempeñarán los formadores en los distintos niveles del sector educativo colombiano.

Desarrollo

Primero, es menester clarificar al lector la razón que conduce a utilizar el vocablo dimensión para referir los ámbitos en que se ubica cada una de las categorías conceptuales incluidas en el título; se hace, por cuanto desde una perspectiva de integralidad, la palabra dimensión remite a cada una de las magnitudes de un conjunto que sirve para definir un fenómeno. Si bien ésta es una acepción propia del mundo de la física, encaja perfectamente, como significado de lo que se pretende en el mundo de lo social al hablar sobre las relaciones que se dan entre intelectuales, académicos y políticos, y al momento de pensar en el papel de los educadores, para superar las encrucijadas del actual estado de cosas.

Al analizar en forma general las características de la intelectualidad como dimensión, es necesario admitir que en ella sólo tienen cabida quienes se dedican al cultivo del conocimiento, las ciencias y las letras, para acercarse al ideal de la sapiencia. La intelectualidad como dimensión recoge la *intelligentsia* o conjunto de personas que en una nación constituyen un estrato social visible por sus trayectorias, reconocido como tal por los demás y consciente de sí mismo como núcleo importante del pensamiento. Los intelectuales asumen o reclaman el rol de guías de una vanguardia social o política. En este sentido, los rasgos constitutivos o características fundamentales de los intelectuales, como grupo que puede incidir en el destino de una nación, deben ser tenidos muy en cuenta a la hora de incluirlos en el debate sobre las responsabilidades en la dirección de la política de un país. Los intelectuales están presentes y se hacen visibles con su intervención en los asuntos públicos. Como asegura Gabriel Zaid, para ser intelectual no es suficiente usar el intelecto, se debe usar públicamente; de ahí que en su relación con el mundo público, el intelectual siempre está eligiendo, comprometiéndose o contestando.

1 Título usado por Eduardo Posada Carbó, en uno de sus artículos relacionados con el análisis sobre la forma en que se crea opinión pública en Colombia, a través de los principales órganos de prensa nacional y regional.

De otra parte, la dimensión reservada a los académicos sienta sus bases en un grupo social o comunidad que tiene como propósito básico el desarrollo de las ciencias, las profesiones, las artes, las letras, la técnica y la tecnología, con finalidades educativas, para difundir el conocimiento científico, validado y reconocido por sus pares en ambientes donde la enseñanza y el aprendizaje, hacen parte constitutiva de ese *ethos* particular llamado academia. En rigor, alguien que se considere parte integral de una cultura académica está en la obligación de producir, difundir y aplicar conocimiento científico. La solución de los problemas que agobian a la humanidad, debe hacer parte del quehacer de la academia, encarnada generalmente en las universidades, escenarios en los cuales se ha iniciado, en algunos casos, la denominada hiperespecialización o división del trabajo focalizado a la investigación, a la docencia o, en casos excepcionales, a la extensión.

Quien afirme pertenecer a una cultura académica deberá estar en condiciones de escribir con rigor y método, sumarse al debate racional de las ideas, argumentar con solidez y capacidad demostrativa y, sobre todo, ser capaz de contribuir a la formación de capital simbólico.² Un buen ejemplo de capacidad organizativa de los académicos puede verse en los denominados *Think Tanks* o tanques de pensamiento, grupos especializados de investigadores y académicos con gran capacidad para debatir los grandes temas de la sociedad y vislumbrar salidas a las situaciones de dificultad en distintos frentes.

En tercer lugar, referir la dimensión política implica remitirse al terreno de la práctica o ejercicio del poder, generalmente, ligado al gobierno, es decir, al escenario donde se toman decisiones que afectan a la sociedad en su conjunto, decisiones que se apuntalan fundamentalmente en el uso de un poder constituido, no de un poder constituyente. En tal sentido, un acto político puede verse como una búsqueda mancomunada de solución a problemas igualmente comunes, o como un ejercicio del poder mediante el cual algunos integrantes del grupo social imponen su voluntad sobre otros miembros. La política, como conjunto de actividades propias de quienes rigen los asuntos de un Estado, en cualquiera de sus manifestaciones territoriales que hacen parte de la esfera de lo público, es necesariamente una acción con implicaciones sociales que conduce al análisis de la responsabilidad, en las ejecutorias de quienes conducen u orientan el destino de los pueblos. El resultado de la mala política es, inexorablemente, el sufrimiento humano.

2 Término aplicado por Gabriel Misas Arango, al referirse a los retos de la Educación Terciaria en: *La educación superior en Colombia. Análisis y estrategias para su desarrollo*. Universidad Nacional, Bogotá, 2004. Muy probablemente el profesor Misas retoma esta categoría conceptual de la prolífica producción teórica de Michel Foucault.

Vistas de manera somera las dimensiones descritas (intelectual, académica y política) y sus campos o esferas de acción, es fundamental, ahora, incursionar en la complejidad de relaciones que entre ellas se pueden establecer para tratar de explicar, en parte, la crisis de la política y sus vínculos con la intelectualidad y la academia al momento de pensar en la construcción de un proyecto nacional que necesariamente pasa por los educadores.

El intelectual y el académico, de manera por demás natural y desprendida desde el punto de vista de sus intereses por el cultivo del pensamiento (no en actitud aséptica y desligada propiamente de lo que Habermas denomina conocimiento e interés), establecen con facilidad vínculo desde lo que pudiéramos llamar el objeto particular de atracción para cada uno: el conocimiento. Con ese objeto-objetivo común en la actividad que cada quien despliega, es teóricamente sencillo poner de acuerdo a uno y a otro en lo fundamental, acerca de cómo diseñar y consolidar una propuesta de nación que supere las condiciones de desigualdad e injusticia social en que se sumen los países latinoamericanos, especialmente Colombia, que en los últimos tiempos ha recibido informes de organismos internacionales y locales, con balances bastante negativos sobre la situación de pobreza y deterioro progresivo en la calidad de vida de sus habitantes (PNUD y Planeación Nacional), con más de cuatro millones de personas en situación de desplazamiento, que hacen de nuestro país, después de Sudán, el sitio donde se escenifica el mayor drama humanitario del siglo XXI. Respecto a este hecho, no sería difícil lograr que intelectuales y académicos, basados en conocimientos obtenidos con rigor y juicio, fruto de indagación científica, se aproximaran a la idea de guiar o reorientar las prácticas políticas en procura de un futuro mejor.

A los intelectuales (a quienes no necesariamente ubicamos en escenarios formalizados o institucionalizados) y a los académicos (a quienes regularmente identificamos en el sector formal de la educación o en instituciones dedicadas al estudio de los problemas del país), de los cuales pueden hacer parte los educadores, habrá que preguntarles desde qué perspectivas y a partir de qué referentes, será indispensable volver a pensar su función en la sociedad.

Como lo enuncia Sánchez Gómez³ en su asomo de respuesta dada desde los clásicos: podemos tomar como referente a Weber, quien piensa necesaria la separación entre el quehacer del intelectual y del político; o recoger la versión de Gramsci para quien el intelectual está orgánicamente ligado a la función política; o la de quienes consideran, con Maquiavelo, que la realización del intelectual se da cuando funge

3 Sánchez Gómez, Gonzalo. *Los intelectuales y la política*. Universidad Nacional, 1999. Discurso con motivo del otorgamiento de la orden Gerardo Molina.

como consejero de quien gobierna; la del intelectual comprometido de Franz Fanon; o la del modelo sartriano, que deja al intelectual la tarea de ser conciencia crítica de su época y sociedad; o la propuesta por Foucault, en cuanto a un intelectual crítico que busque transformar las relaciones de poder; o finalmente, la del modelo pragmático de hoy, que identifica a los intelectuales como expertos. Son todas opciones que pueden convivir en un espacio de tolerancia y respeto por las convicciones ajenas.

Desde la perspectiva de los universitarios, tanto a intelectuales como a académicos, les es dado reorientar o resignificar su función, asumiéndose como conciencia crítica de la sociedad, como baluartes y reservas morales (no moralistas) de la presente generación, con claras intenciones de transformar las prácticas políticas hacia la construcción de proyectos colectivos que, sin desconocer las individualidades propias que deben encajar en el pluralismo y la multiculturalidad, abran la posibilidad concreta de salir de la encrucijada en la cual hoy nos debatimos.

Se coincide con Gramsci y con Freire⁴ en que, por un lado, como lo afirma el primero, el intelectual tiene una función política al estar orgánicamente ligado a una estructura social y, por el otro, como lo asegura el segundo, toda práctica educativa es política, así como toda práctica política es educativa. En este orden de ideas, a los académicos corresponde un compromiso ético-político, por la construcción de un mundo mejor, promover la esperanza por la superación de un orden desigual e incentivar, con su juicio crítico, las transformaciones a que nos vemos abocados. He ahí el gran reto para los educadores que fungen como verdaderos académicos, no para aquellos que centran su acción en el "transmisionismo" mecánico y acrítico, que se preocupa más por dar a conocer lo que otros hicieron que por enseñar los fundamentos de las ciencias, que se acompañan de una versión instrumental de la pedagogía y la didáctica, desde su visión exclusivamente técnica y que se convierten en simples y llanos operarios del currículo.

Respecto a las relaciones entre los intelectuales y los académicos con la política, se puede considerar que son más complejas de lo que para muchos pudieran ser. En principio, es fácil creer firmemente en lo planteado por Sánchez Gómez, en el artículo referido, en cuanto a que esa relación entre academia y política es activa e inevitable, pero a condición de que una no se disuelva en la otra. Muchas convicciones se orientan a pensar en que, efectivamente, debe guardarse distancia prudencial entre la función que cumplen los académicos y los intelectuales.

4 Citado por Alfonso Torres Carrillo en: Paulo Freire y las pedagogías críticas. Caja de Herramientas. Corporación Viva la Ciudadanía. Bogotá, año 14, No. 106, mayo de 2005.

tuales y la tarea que llevan a cabo los políticos. Unos y otros están obligados, desde el imperativo ético demandado por la sociedad, a procurar el bien común por encima de los intereses particulares; pero, se insiste, sin diluir al sujeto como poseedor de individualidad o singularidad, pues el respeto por el otro debe convertirse en premisa para lograr el bien colectivo y la consideración por los demás.

Es complejo develar la forma en que unos y otros, académicos y políticos, puedan coincidir en las maneras de concebir un proyecto de nación en donde quepamos todos, con tratamiento en igualdad, derivado de un Estado Social de Derecho que debe garantizar preceptos de orden Constitucional. Los intereses que mueven a académicos y a políticos, los cuales no son necesariamente opuestos desde el punto de vista teleológico, sí aparecen preliminarmente como contrarios o por lo menos yuxtapuestos, es decir, a diferencia de lo que ocurre entre intelectuales y académicos, donde las aspiraciones en materia de propósitos coinciden en gran parte, aquí los intereses primigenios difieren unos de otros y quizás, en el mejor de los casos, estén puestos unos al lado de otros, desde el punto de vista social, pero no con susceptibilidad inmediata de ser integrados en procura de los más elevados intereses de la nación.

Cosa distinta es lo expresado por Cardoso⁵ cuando afirma que... *la buena práctica política conlleva necesariamente la reflexión, el conocimiento, y no sólo una reflexión de tipo técnico, sino de tipo ético.* El ex presidente brasileño alude una eventual dialéctica entre conocimiento y proyecto político, que se mezclan en la estructura de la acción humana, pero precisamente se considera que para llegar a esa fase de interacción dialéctica, no de una mezcla caótica de academia con política, es condición *sine qua non* contar con acuerdos sobre lo fundamental para construir el proyecto nacional al que se ha venido haciendo referencia. Sin esos acuerdos previos o contrato por lo social entre academia y política, evidentemente estaremos en un escenario donde se repite aquello de la mezcla entre conocimiento-reflexión y proyecto, un desorden alejado de la verdadera integración de propósitos (más que la simple articulación) entre uno y otro por la realización de los ideales de igualdad, bienestar, libertad y paz *dentro de un marco jurídico democrático y participativo que garantiza un orden político, económico y social justo.*⁶

En relación con la tesis central del artículo de Eduardo Posada Carbó, que puede sintetizarse en un supuesto desprecio de los académicos e intelectuales por la política, como objeto de estudio y reflexión his-

5 Cardoso, Fernando Enrique. *Conocimiento y práctica política*. Video-mensaje. Cartagena de Indias, Colombia, junio de 1997.

6 Preámbulo Constitución Política de Colombia, 1991.

tórica que conduce al abandono de la democracia representativa y al desgano por el mundo electoral, se puede decir que no es del todo admisible su visión por cuanto, efectivamente, más allá de la falta de profusos estudios relacionados con la práctica política en Colombia, de lo cual la academia es en gran medida responsable, también existe evidencia del desgaste y fracaso progresivo de modelos políticos, basados en esquemas representativos (quizás por equívocas aplicaciones de sus principios), que poco o nada han dejado de recuerdo grato en la memoria colectiva de quienes cada vez son más apáticos a los procesos electorarios.

No es del todo cierto que el modelo de democracia participativa consagrado en la Carta del 91, deba ser mirado como el ideal de los sistemas democráticos, pero sin llegar a hacer apologías del mismo, sí puede considerarse firmemente como una opción política válida ante el desgaste experimentado por la democracia representativa. ¿Acaso no es cierto que la clase política tradicional -no se hace referencia a grupos de familias que se rotan el poder si no a aquellos cuyas prácticas políticas caen siempre en los escenarios comunes de las acciones sin fondo ni contenido social- continúan en la circularidad viciosa de usufructuar las ventajas que les brinda el esquema de poder? Claro que se evidencia déficit deliberativo, por parte de los intelectuales y académicos escasea el debate argumentado sobre los problemas más acuciosos de la sociedad, pero no deja de ser cierto, también, que existe crisis en los partidos políticos (hoy empresas electorales con candidatos "prepagos") que han incurrido en prácticas clientelistas y electoreras, en prácticas de facciones más que de fracciones, sin plataformas programáticas que den sentido y cohesión a sus principios rectores, para orientar al gobierno y a la nación por la senda del mejoramiento continuo y del desarrollo.

Respecto al tema del desarrollo, la resignificación de que ha sido objeto este término, ante todo desde la perspectiva del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, PNUD, remite hoy a considerar que, por tal, ha de entenderse *un proceso de ampliación de la capacidad de elección de las personas*, es decir, que el desarrollo no trata simplemente sobre cuestiones de ingreso nacional o crecimiento de las economías, si no que va mucho más allá, tiene que ver con la posibilidad real y efectiva de acceder al ejercicio de buen gobierno, a la superación de la pobreza, al logro de la igualdad de género, a la supresión de la injusticia; en fin, al goce pleno de garantías y derechos para que el ciudadano esté en capacidad de elegir cómo ha de ser su futuro, y no que esté sometido a los designios de unos pocos que lograron separar su existencia actual y futura de la del resto de la humanidad. Sobre el particular, el Programa de Naciones Unidas, expresa que el desarrollo humano se corresponde con un escenario para que:

...las personas puedan desarrollar todo su potencial y llevar vidas productivas y creativas según sus necesidades e intereses. Las personas constituyen la verdadera riqueza de las naciones. Así pues, desarrollo significa expandir las opciones que las personas tienen para llevar las vidas que valoran. De este modo significa mucho más que crecimiento económico, que es sólo un medio -aunque muy importante- para aumentar las opciones de la gente [...]. Para aumentar dichas opciones, es fundamental fomentar las capacidades humanas -la variedad de cosas que las personas pueden hacer o ser en la vida-.

Las capacidades más básicas para el desarrollo humano son llevar vidas largas y saludables, tener conocimientos, tener acceso a los recursos necesarios para llevar un nivel de vida digno y poder participar en la vida de la comunidad. Sin ellas, muchas opciones simplemente no están a nuestro alcance y muchas oportunidades en la vida resultan inaccesibles.⁷

De otra parte, se reconoce que la sistematización explicativa de los fenómenos políticos por los cuales ha atravesado Colombia a lo largo de su historia republicana, con criterios de indagación científica, sin duda alguna contribuirá al logro de la integración de objetivos entre académicos y políticos, porque sólo develando la realidad concreta y verdadera de nuestro pasado, se podrá comprender y reflexionar sobre el presente de nuestra actividad política, para hacerla coincidir, como habrá de hacerse coincidir también la actividad académica, con los altos fines de mejoramiento sustancial en las condiciones de vida de los colombianos. En este asunto, también los educadores tienen la palabra.

Finalmente, y en relación con la plurimentada crisis de la política, atrae poderosamente la atención la frase de Felipe González:⁸

Tenemos la obligación de repensar la política como función, los partidos políticos como instrumentos para su desarrollo, y las instituciones que permitan la gobernanza de esta nueva complejidad.

Esta afirmación, a propósito del análisis que hiciera este estadista sobre la urgencia -para construir el propio destino- de la democracia latinoamericana, de abrir un debate sobre las causas del deterioro de la política y sus protagonistas, tanto en el nivel de los partidos políticos que la articulan en los sistemas democráticos, como en la valoración del liderazgo y en el aprecio a las instituciones representativas. Porque la paradoja enunciada por este expresidentes se traduce en que,

7 Tomado de la web del PNUD.

8 Expresidente del gobierno de España en su artículo: Crisis de la Política: Causas y respuestas eficientes. Texto "La democracia en América Latina" Contribuciones para el debate, p.49. PNUD, 2004.

mientras en las dos últimas décadas del siglo XX América Latina vio recuperar sus sistemas democráticos, por otra parte, se ha registrado un bajo crecimiento económico, una desigual distribución del ingreso y una pérdida de confianza en el funcionamiento del sistema y sus instituciones (régimen político); esto es sin duda alguna un reflejo de lo que en realidad sucede en la subregión.

Aparece llamativo que sea precisamente un representante de la clase política europea, quien evidencie y critique la situación por la que atraviesan los pueblos latinoamericanos, al parecer, no ha sido directamente proporcional el afianzamiento de las democracias (que dejaron atrás las desprestigiadas dictaduras), con el mejoramiento en las condiciones de vida y la credibilidad en la política como opción de incremento sustancial en las condiciones de vida. Evidentemente, se han cometido errores mayúsculos, especialmente en los modelos económicos (en los cuales el mercado gobierna y el gobierno gestiona en favor del mercado) aplicados en la región, fruto de políticas equivocadas de los gobernantes de turno, quienes con sus partidos, han minado la credibilidad de la población y han hecho perder confianza y legitimidad respecto a las instituciones, porque en Colombia y América Latina existe todavía un interrogante por resolver: ¿Igualdad para todos o seguridad para el mercado?

Bibliografía

- Bobbio, N. (1989). *Estado, Gobierno y Sociedad. Por una teoría general de la política*.
- Bourdieu, P. (2008). *Homo academicus*. México: Siglo XXI Editores.
- Cardoso, Fernando Enrique. (1997). *Conocimiento y práctica política*. Videomensaje. Cartagena de Indias, Colombia.
- Corporación Viva la Ciudadanía. (2005). Caja de Herramientas. Paulo Freire y las pedagogías críticas. Bogotá, año 14.
- Dahl, R. (2009). *La igualdad política*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Fanon, F. (1977). *Los condenados de la tierra*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Gramsci, A. (2004). *Los intelectuales y la organización de la cultura*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- Hermet, G. (1995). *En las fronteras de la democracia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Maldonado, C. E. (2002). *Filosofía de la sociedad civil*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores.
- Medellín, P. (1998). *El retorno a la política: La gubernamentalización del gobierno*. Bogotá: Tercer Mundo Editores.
- Misas Arango, Gabriel. (2004). *La educación superior en Colombia. Análisis y estrategias para su desarrollo*. Universidad Nacional, Bogotá.
- Sánchez Gómez, Gonzalo. (1999). *Los intelectuales y la política*. Universidad Nacional.
- Sartori, G. (1994). *Qué es la democracia*. Bogotá: Altamir ediciones.
- Weber, M. (2002). *Economía y sociedad*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Young, O. (1982). *Sistemas de ciencia política*. México: Fondo de Cultura Económica.